

ARGENTINOS
CONTEMPORÁNEOS

ALDEA
LITERARIA

A hand in a white shirt cuff is holding a decorative metal birdcage. A bird is perched on top of the cage. The background is a solid purple color.

Canción de molino y noche

VIRGINIA BECCARÍA CANELO

PREMIO *Más que lectura* 2022

**ALDEA
LITERARIA**

**Canción de
molino y noche**

VIRGINIA BECCARÍA CANELO

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Beccaría Canelo, Virginia

Canción de molino y noche / Virginia Beccaría Canelo. - 1a ed - Boulogne : Cántaro, 2022.

72 p. ; 14 x 19 cm. - (Aldea Literaria)

ISBN 978-950-753-632-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.

CDD A863.9282

© Editorial Estrada S. A., 2022

Avda. Blanco Enclada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-632-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**ALDEA
LITERARIA**

Canción de molino y noche

VIRGINIA BECCARÍA CANELO

Novela ganadora del Concurso **Más que lectura 2022**

INDICE

- 9 Capítulo I
- 11 Capítulo II
- 13 Capítulo III
- 17 Capítulo IV
- 21 Capítulo V
- 23 Capítulo VI
- 25 Capítulo VII
- 27 Capítulo VIII
- 29 Capítulo IX
- 33 Capítulo X
- 35 Capítulo XI
- 39 Capítulo XII
- 41 Capítulo XIII

43 Capitulo XIV

47 Capitulo XV

49 Capitulo XVI

53 Capitulo XVII

55 Capitulo XVIII

57 Capitulo XIX

59 Capitulo XX

61 Capitulo XXI

65 Capitulo XXII

69 Capitulo XXIII

71 La autora



Para Emi, Seba y Laurita.



Capítulo I

Dicen que nacimos un mediodía en que el sol asaba y ni las iguanas andaban afuera. Mi hermana era igualita a mi abuela, que se había muerto el día anterior, así que le pusieron Encarnación. A mí, tardaron en ponerme nombre porque, según el doctor, no iba a vivir más que unos días. Mi mamá me llamaba Miamor, supongo que porque así dicen las madres. Pero pasaba el tiempo y yo seguía allí; me hacía falta un nombre. Como había nacido azulada por la asfixia, me pusieron Mora.

Parece que nací con el mal de pata de cabra ya avanzado. Por eso lloraba mucho y me arqueaba para atrás cuando me alzaban. El gusano me estaba subiendo por la columna y en cuanto llegara a mis pulmones... Algunos vecinos dijeron que era un embrujo. Otros, que eso les da a los bebés cuando la madre tiene una tristeza muy grande en las entrañas. En lo que todos estaban de acuerdo era en que no había solución. Así dijo la curandera que trajo el doctor. Si no se lo agarra enseguida, el Pata de Cabra a la criatura se la lleva.

Pero la abuela tenía un remedio. Uno que le había enseñado su madre. Me lo cuenta siempre, cada vez que la sueño. Dice que se me apareció y yo le sonreía. Durante nueve días estuvo a mi lado. Solamente mi hermana y yo podíamos verla. Encendió velas rojas y celestes. Rezó, rezó tanto

que, aunque no me puedo acordar lo que decía, a veces me parece oírlo. Un murmullo encadenado hecho de pura intención.

No sé cómo hacía, pero dice que me ponía jugo de zanahoria en la maderera, para alimentar al bicho y que dejara de comerme. Después de nueve días, se suponía que yo iba a largarlo por algún lado.

Pero no. No lo largué.

A todo esto, como quien no quiere la cosa, yo llevaba sobreviviendo nueve amaneceres. El doctor dijo que, a lo mejor, el Pata de Cabra estaba abombado y por eso iba más lento. Pero, cualquier noche, yo iba a dejar de respirar. Podía ser esa semana, o el mes siguiente, o vaya a saber cuándo.

Así se suponía que serían las cosas. Hasta que aquello sucedió.



Capítulo II

El pueblo queda a una hora de *sulky* más o menos. Nuestra casa está rodeada de puro verde. Adentro siempre corre frío. Dicen que eso les pasa a las casas que han estado muchos años cerradas.

A la entrada hay un senderito de Santa Rita que cuando tiene flores es púrpura. Y da una felicidad pasar por ahí. Es como si el color le entrara a una por los ojos y le encendiera la ilusión.

Después, es cuestión de estirar la vista hasta donde se pueda, para ver cómo la pradera parece una sola hasta el pie del monte.

Tenemos esa belleza. También, esa soledad kilométrica.

Los vecinos están salpicados en hectáreas y hectáreas. A veces alguien que pasa por la ruta estaciona y se baja un ratito para estirar las piernas o averiguar cómo llegar a alguna parte.

Antes, ni bien los veíamos frenar, nosotras íbamos corriendo. Atravesábamos el camino púrpura a toda velocidad y nos acercábamos a charlar. Cuando preguntaban cómo nos llamábamos, mi hermana era la que hablaba primero:

—Ella se llama Mora, pero le dicen Miamor.

Como el doctor insistía con eso de que en cualquier momento el Pata de Cabra se iba a despertar y chau Mora, papá había dejado todo listo, por

si justo estaba en la cosecha. Mamá me trataba como a una muñeca. Me vestía, me daba de comer, pero yo sentía como si estuviera jugando. Como si para ella yo fuera de plástico y no tuviera un alma y todas las cosas que una tiene adentro. Sin embargo, sus manos siempre estaban tibias. Tal vez, por las manchas coloradas que tenía en las palmas, de nacimiento. Cada noche, me ponía el vestido blanco con puntillas para dormir, me peinaba y me entrelazaba en los dedos la medallita de la abuela. En el galpón había un cajón más o menos de mi medida que mientras tanto usábamos para jugar. Cuando la abuela venía a visitarme, me decía que no hiciera caso.

—Anda, criatura, que a ese cajón se lo comerán las termitas antes de que usted lo necesite. Ya verá, hija mía, ya verá usted —decía, con ese modo suyo de hablar que más parecía un canto.



Capítulo III

En ciertos días del año, mamá nos llevaba al cementerio a ver a los abuelos y a los otros difuntos de la familia. Cuando llegábamos, nos hacía esperar en la puerta. Decía que no era suelo para que pisaran gurias inocentes como nosotras. Que rezáramos desde ahí, mientras ella les llevaba flores.

El cementerio queda justo a la entrada del pueblo. El *sulky* sabe ir solo. Salíamos de madrugada, todavía noche. Nos tapábamos con una manta vieja y podíamos ir durmiendo. Antes de llegar, parábamos a juntar manzanilla y peperina para llevarles a los muertos esa alegría, esos aromas que habían sido suyos.

—¿Han encontrado linda manzanilla? —decía mamá—. Manzanilla, no puede faltar.

Mientras recogíamos los yuyos por los campos al costado del camino, un color naranja que iba subiendo desde el horizonte nos abrigaba como el mantón de la abuela. Mamá le daba agua al caballo. Y cuando no nos miraba, Encarnación se escabullía entre los pastizales.

—Mora, Morita, Morín, ¡atrapame!

Yo la perseguía. Ella era rápida como una lagartija. Nuestras risas sonaban igualitas, también nuestros pasos.

Muchas veces, después del cementerio íbamos al pueblo a hacer compras y visitar parientes. Todavía está la casa que fue de los abuelos, donde

vive el tío. Pero no solíamos ir nunca, nosotras. Papá sí, porque siempre ha trabajado con él.

Cuando papá estaba de cosecha, mamá nos dejaba en casa y al pueblo se iba sola. Entonces, Encarnación y yo podíamos hacer lo que quisiéramos. Nadie venía a controlarnos en todo el día.

Abríamos el ropero de mamá y nos disfrazábamos con sus vestidos, nos poníamos sus zapatos y subíamos las escaleras imitando sus pisadas. Esas que ella creía que no escuchábamos cuando subía de noche, tan tarde.

Pero lo que más nos gustaba en el mundo, era salir a explorar. Caminábamos y caminábamos por el campo, saltábamos los alambrados y seguíamos sin que nadie nos llamara para que volviéramos. Atrás, la casa nuestra se iba achicando hasta desaparecer entre los árboles. A mí me daba un vértigo en el medio del estómago, por perdernos o que nos pasara algo. Y un poco de emoción de ir más lejos, de encontrar lugares nuevos y que solamente nosotras lo supiéramos.

Fue en una de esas tardes que llegamos al molino abandonado. Estaba pasando los maizales, donde se empiezan a ver los tambos. Nunca habíamos ido tan allá.

No era una cosa muy linda, la verdad. Ni bien lo vi, se me erizaron los pelos de los brazos. Encarnación se dio cuenta y se rio de mí.

—¡Mora, cora, tora, miedosa! —cantaba y saltaba a mi alrededor. Y aunque le dije que eso no pegaba, ella siguió.

El molino se alzaba sobre la tierra seca cortando el cielo. Estaba oxidado y ennegrecido. Cuando el viento lo hacía girar, chillaba como cien lechones. De los galpones para guardar los granos, solamente quedaban algunas paredes sin techo, ladrillos amontonados, humedad y escombros negros. En algunas partes, el pasto no había vuelto a crecer. Si una se acercaba a las paredes, se sentía olor a humo, a hollín. En lo que parecía haber sido la puerta, todavía estaba puesto el candado.

Encarnación corrió a esconderse. Se reía y decía: “¡atrapame!”.

Canción de molino y noche

Salí a buscarla y la vi correr lejos de mí, mirando hacia atrás y riendo, riendo, como si alguien más estuviera jugando con ella.

La llamé para que nos fuéramos. Entonces me miró. Se dio vuelta hacia el otro lado, saludó con la mano a alguien que yo no veía. Y vino conmigo.

—¿Con quién jugabas? —le pregunté.

—Con la nena rubia —dijo.

Y no quise decir que solo ella podía verla. El nudo en el estómago me decía que íbamos a volver a saber de esa nena.

El molino se convirtió en nuestro lugar secreto. Estaba a la vista de todos, pero nadie le prestaba atención. Tal vez sí lo conocían, pero no se acercaban. Nadie hablaba de él, como suele hacerse en el campo con las cosas que es mejor no llamar.

Si mirábamos bien, desde la ventana de nuestra pieza, justo antes de que cayera la noche, se alcanzaba a ver la silueta del molino como pintada de negro sobre la última luz.

En un ambiente rural, dos generaciones
trajinan, pero también recomponen,
ausencias y presencias, pasado y futuro.
Una historia que une los saberes ancestrales,
las supersticiones y los secretos familiares.

NOVELA GANADORA DEL CONCURSO

Más que lectura 2022

**ALDEA
LITERARIA**

ISBN 978-950-753-632-8



9 789507 536328 >

 macmillan
education

 cántaro

Lectura sugerida
a partir de los **13** años.